



**blo y el olismo**

La sociedad BIC, mundialmente famosa en la fabricación de bolígrafos, llevará su acción publicitaria este año a las competiciones ciclistas internacionales. El acuerdo concertado entre Raphaël Geminiani, director deportivo, y Marcel Bich, presidente-director general de la sociedad Bic, comprende la participación del equipo Bic en la Vuelta a España, Bicicleta Eibarresa, Escalada al Castillo de Montjuich y Vuelta a Cataluña, bajo el patrocinio de Laforest, S. A., fabricantes de Bic en nuestro país. En la fotografía, de izquierda a derecha: el corredor español Julio Jiménez; Christian Darras, director de publicidad Bic; Jacques Anquetil, Raphaël Geminiani, Stabinski y Lucien Aimar.

**«Los diablos»**

Selecciones de Lengua Española ha publicado "Los diablos", novela de José Antonio G. Blázquez, que relata ciertas consideraciones sobre la "dolce vita" llevada hasta sus más extremas consecuencias: erotismo desquiciado, pseudocultura y snobismo. Blázquez es extremeño, de Plasencia, y de veintisiete años. Doctor en Filosofía y Letras por la Universidad de Madrid, ha viajado por diversos países europeos, siendo profesor en Inglaterra. Actualmente se ocupa en trabajos editoriales y colabora en diversas revistas literarias. "Los diablos" es su primera novela publicada.

**director general de Ruescas**

Don Alfredo García-Valdés Cifuentes ha sido nombrado recientemente consejero delegado y director general de Ruescas



cas McCann-Erickson, S. A., para cubrir el puesto vacante por la dimisión de don Francisco García Ruescas.

**Torrebruno, en méjico**

El cantante italiano, afincado en España, Torrebruno, ha obtenido un gran éxito con sus actuaciones en la televisión mejicana y en diversos centros nocturnos del país, hasta tal punto que su contrato para la TV azteca le ha sido prorrogado dieciséis semanas más. En la fotografía, Torrebruno con Olga Guillot, Silvia Pinal y Enrique Guzmán.



**los ceros de estambul**

La selección turca de fútbol nos es tradicionalmente molesta. En los cuatro partidos que España ha jugado en Estambul no ha conseguido enviar una sola vez el balón dentro de la portería otomana.

En 1954, esa ineficacia goleadora nos costó virtualmente la eliminación de la fase previa de la Copa del Mundo. El 0-0 de hace pocos días es probable dé al traste con las esperanzas de renovar el título de campeones continentales que se ganó frente a Rusia, en el Bernabéu, con el famoso gol de Marcelino.

Se dirá que empatar en campo contrario es un buen resultado. Ya se afirmó lo mismo cuando España forzó también el 0-0 en Dalymount Park, en Dublin, contra Eire. El razonamiento es aceptable, pero sólo en parte.

En primer lugar, los 0-0 siempre resultan deprimentes porque testifican una reducción casi absoluta de los esquemas ofensivos sacrificados a la seguridad de las masivas coberturas. Aunque no quieran confesarlo los técnicos de nuestra selección, lo cierto es que también ellos son presa del pánico de la excesiva responsabilidad. A su juicio una crítica, por dura que sea, vale más que una derrota... en la que se ha jugado para ganar.

En segundo lugar conviene hacer memoria. La Copa de Europa de selecciones nacionales se juega dividida en ocho grupos y únicamente el campeón de cada grupo pasa a los cuartos de final. De los tres equipos agrupados con España, sólo Checoslovaquia —que no ha debutado todavía en la competición— tiene carácter de adversario de envergadura. Los checos, finalistas en el Campeonato Mundial de Chile de 1962, cayeron después en una sensible crisis de valores, pero poco a poco se han ido recuperando y en la actualidad su formación es temible.

Las fuerzas se han igualado mucho en el fútbol mundial, pero no hasta el punto de pensar que Eire y Turquía están un escalón por debajo de España y Checoslovaquia. Aunque la fluctuación jerárquica es evidente y no se pueden tomar los datos comparativos para sentar ley, recordaremos que en la fase preliminar de la última Copa del Mundo, Checoslovaquia batió a Turquía, en Praga, por 3-1, y en Estambul por... ¡6-0!

El dato es significativo aunque insistamos en que no tiene valor absoluto. De cualquier forma, lo evidente desde el punto de vista de la realidad, es que los empates de España en Eire y Turquía serán buenos o malos en función de lo que hagan los checos. Si allí donde nosotros hemos sacado dos puntos, los futbolistas de Praga son capaces de obtener tres o cuatro, la suerte de nuestra selección estará pendiente —como le ocurre por tradición en las competiciones decisivas— del más difícil de todos los cotejos programados: el que tendrá que disputar en la capital checa.

Ciertamente, si nuestra selección es joven y falta de experiencia, hay que coincidir en que está orientada por una indiscutible ilusión. Pero esto no es suficiente para ganar una Copa de Europa ni siquiera para alcanzar los cuartos de final. Ese terror a arriesgar, a dar rienda suelta al temperamento o a la genialidad del jugador español, amarrándolo a la prudencia y conservadurismo táctico, nos puede costar caro cuando los contrarios son técnicamente inferiores. Tal vez haya que agregar que nuestro fútbol 1967 no es peor que el de 1954 que, con ilustres componentes, perdió en Estambul por 1-0, y que en definitiva, el 0-0 de ahora entra perfectamente en "la línea" de ese palmarés gris que esmalta desde hace muchos años la marcha de nuestra representación nacional.

Si Estambul, por tradición, se ha convertido en un pozo de ineficacia de fútbol ofensivo hispano, lo cierto es que esa ineficacia sigue dando paradójicamente demasiados signos de vida para no asegurar que son los sistemas y el miedo que les acompaña, lo que nos impide mejores satisfacciones.

J. J. CASTILLO